

PRÓLOGO

HASTA LA FECHA NUNCA HE MATADO A NADIE MÁS que sobre el papel.

Como contrapartida he sido bueno en tal menester. Tan bueno que me ha proporcionado el sustento, y por tanto tiempo que lo he dado en llamar mi trabajo. En un país del tamaño de Dinamarca es un privilegio dedicarse a escribir libros a tiempo completo, aunque seguro que habrá quien, sin ambages, no me considere un escritor auténtico, o estime que lo que he escrito no son libros de verdad.

A lo largo de toda mi carrera he tenido que soportar críticas y, a veces, incluso mofas; pero es cierto también que en el fondo de mi alma, más de una vez, les he dado la razón a los críticos. Puede costarme reconocerlo, pero en

algunas ocasiones he admitido la distancia y vacuidad remarcadas por ellos hasta la saciedad.

Pero lo que está en juego en las páginas que aquí siguen es harina de otro costal.

Sé que esta narración será diferente a todo lo que he escrito antes. Normalmente, soy invisible, un narrador anónimo que despliega el relato sin incurrir en atribuirse una atención innecesaria.

Pero esta vez no puedo evitarlo.

Ahora, me veo obligado a centrar la atención en mí, y este prólogo lo escribo por mí, es un recordatorio de mi proyecto, el dedo índice alzado que me recuerde lo que debo hacer y en base a qué premisas. Una motivación que me empuje a continuar.

Porque debo seguir adelante y tengo que conseguir hacerlo solo.

Estoy aislado del mundo. Sin distracciones. Por la noche la oscuridad y el silencio son tan compactos que me parece estar en un búnker a varios metros bajo tierra. Ningún sonido ni impresión pueden alcanzarme.

Pero tampoco me hace falta ningún tipo de inspiración externa.

Lo que narro a continuación me ha sucedido y voy a transmitirlo solo con mis dedos y el teclado del ordenador. Los acontecimientos de la última semana me obligan a ponerme a mí en el centro del relato y documentar todo lo que voy a narrar mientras permanece fresco en mi memoria y aún dispongo de tiempo. No hay filtros. Ningún tipo de elaboración ni ardid creativo podrían exponer a mi perso-

na y el papel que he jugado en los hechos a una luz más clara. Desafortunadamente y por muy tentador que sea adornar los crudos y estremecedores hechos e incidentes en los que me he visto involucrado estos días, esta vez no puedo dar rienda suelta a la imaginación.

En cierto modo es liberador.

No necesito mentir.

La técnica narrativa es también muy distinta. No estoy obligado a construir todas esas inimaginables cabriolas dramáticas en favor de la trama o la curva de suspense. Puedo escribir tal cual, sin ambages.

El protagonista no necesita mirarse en el espejo para dar una visión de su aspecto al lector, porque el protagonista de esta historia soy yo, Frank Fons, un escritor de cuarenta y seis años, nada alto, metro sesenta, delgado, moreno de pelo, de barba cerrada y bien recortada y un par de ojos gris acero que según dicen no pestañean demasiado a menudo.

Eso es, ya está dicho.

A no ser por la gravedad de la situación, seguro que no me habría sentido a gusto con esta recién descubierta libertad de acción, y si reflexiono sobre ello, el haber obviado este experimento anteriormente puede molestarme un poco. No es porque a lo largo de mi carrera no me haya lanzado a tentativas literarias de diversa índole, pero enseguida hallé, tal vez demasiado pronto, una fórmula que funcionaba y a la que he sido fiel desde entonces.

Pero no ahora.

Las reglas del juego han cambiado.

Me he liberado de modelos y recetas, ya fueran míos o de otros. Ya no tengo que preocuparme de seguir convenciones y reglas tácitas acerca de lo que se debe y no se debe hacer en la escritura, lo cual me viene bien porque me veo obligado a empezar con uno de los clichés más comunes del género, el hecho que lo puso todo en marcha: una llamada telefónica...

MARTES

1

NADIE SE ATREVE A LLAMARME por la mañana. Los que creen que me conocen piensan que duermo la mona. Los que realmente me conocen saben que trabajo por la mañana y que odio ser molestado mientras escribo. No es que estuviera escribiendo cuando sonó el teléfono; bien que estaba sentado a mi escritorio, con el ordenador en marcha y una taza de café humeante al lado, pero mi mente divagaba por otro sitio. Desde mi oficina, en el primer piso del chalé de la playa, El Torreón — así fue como lo llamó mi hija mayor una vez e inmediatamente pasó a ser el nombre de la casa—, gozaba de vistas al jardín y valoraba si valdría la pena rastrillar el césped más tarde, o si sería mejor esperar a que el tiempo otoñal hubiera sacudido las últimas hojas de las ramas.

Mi primer impulso fue dejar que el teléfono sonara. Una llamada a esa hora no podía ser una buena noticia, aunque quizá fuera algo sin importancia, un vendedor o alguien que se había equivocado de número. Dejé que sonara cinco veces antes de descolgar y mascullar mi nombre.

—Tu cadáver ha aparecido —sonó al otro lado del auricular.

Era Verner. Nunca se presentaba y era una de las personas que creían conocerme y, sin embargo, no tenía problemas para llamarme a cualquier hora del día o la noche.

Yo no estaba de humor para seguir sus jeroglíficos verbales.

—¿Qué intentas decirme?

—Alguien ha cometido tu crimen.

—¿Cuál de ellos? —le pregunté y no pude por menos que lanzar un suspiro.

Verner trabajaba en la policía de Copenhague, y yo me servía de él para asesorarme acerca de los procedimientos policiales para mis libros. Aunque él opinara que ser escritor no era un trabajo serio, se sentía orgulloso de contribuir en el proceso de creación, un orgullo que se le había subido a la cabeza creándole la fantasía de tener derecho a llamarme a horas intempestivas para formular comentarios e ideas de toda índole.

—El asesinato del puerto —dijo excitado—. Han encontrado a una mujer en el puerto de Gilleleje, desfigurada y llena de cortes, y sujeta en el fondo con cadenas.

Cerré los ojos y me presioné las sienes con dos dedos. Mi mente todavía basculaba entre la idea de rastrillar las

hojas y la mala conciencia de no haber producido la debida cuota diaria de palabras, mientras el mensaje de Verner iba tomando sentido en mi cabeza.

—¿Te estás quedando conmigo? —pregunté, más que nada por decir algo.

—Te estoy diciendo que es tu asesinato —dijo Verner claramente irritado.

—Debe de haber muchas mujeres que son arrojadas a las aguas del puerto...

—Pero no muchas que estaban vivas y equipadas con una bombona de oxígeno en ese momento —me interrumpió Verner—. Incluso tenía el mismo color de pelo. Todo concuerda. Incluso el objeto pesado para mantenerla sumergida en el fondo.

—¿Un busto de mármol?

—Exacto.

—¿Y estás seguro de que ha sido en Gilleleje?

—Sí.

Mi cabeza empezó a zumbar. El crimen que Verner describía tenía visos de ser exacto a uno de los crímenes de *En el espacio rojo*, mi último libro. Trataba de un psicólogo psicópata que exponía a sus pacientes a su mayor terror, no para curarlos, sino para asesinarlos de la forma más terrorífica que podían haber imaginado. El asesinato del puerto trataba de una mujer que tenía terror a ahogarse; el psicólogo hacía inmersión con ella y estudiaba su pánico allá abajo hasta que se agotaba su oxígeno y entonces se asfixiaba. Él se excitaba contemplando la angustia y el horror en su cara, sumergida en el agua oscura y fría, con las

pupilas dilatadas y dando gritos que adquirirían un tono diabólico a través de la boquilla del tubo y la masa de agua. En ese mismo libro yo había asesinado a varias personas más por medio de su angustia; terror a las agujas, claustrofobia, aracnofobia. No era ni con mucho una de mis mejores novelas.

— ¿Frank? — El tono de su voz era duro.

— Sí, sí, te escucho — dije.

— ¿Qué hacemos?

Sacudí la cabeza.

— No es posible, tiene que ser una casualidad.

— Está muerta, Frank. Eso no es una casualidad.

— Pero el libro acaba de salir de la imprenta — me aventuré a responder—. Ni siquiera se ha puesto a la venta.

Verner debía volver a su trabajo. Era policía de calle, en Copenhague, se encargaba de la prostitución y otros delitos menores. El crimen no era de su competencia. Por eso no disponía de más detalles cuando me llamó la primera vez. Debido a que tenía muchos contactos en la policía, podía husmear información para mis libros, tanto si eran procedimientos de detención como accidentes de tráfico o métodos de perpetrar asesinatos. Me aseguró que seguiría el caso a lo largo del día y me prometió mantenerme al corriente.

Cuando pienso en ello de forma retrospectiva, veo que la elección que hicimos de no contarnos nuestras sospechas fue extraña. Pero Verner me había proporcionado, a lo largo de años, información confidencial, y tenía miedo de que le perjudicara si eso se descubría. Yo estaba lo bas-

tante sorprendido como para no poder tomar decisiones de inmediato; sin embargo, por un instante contemplé que revelar algo de tal naturaleza podría aumentar las ventas de la novela. Deseché rápidamente la idea. También había la posibilidad de que la policía confiscara la publicación en consideración a los familiares o a la investigación, y a mí me hacía falta el dinero.

En los últimos diez o doce años había escrito un libro cada ocho meses, y tal regularidad había influido en mis hábitos y mi consumo. No porque viviera con lujo. Tras mi divorcio, el chalé de la playa había sido mi vivienda de todo el año, a pesar de que no era del todo legal, y aunque estuviera en un estado aceptable, no era precisamente un lugar atractivo a rabiar.

El Torreón estaba situado en una zona de veraneo, en Rageleje, en tercera línea de mar, en la costa norte de Sjaelands, rodeado de un generoso jardín, en su mayor parte cubierto de césped y circundado de abedules y abetos. Desde allí había solo diez kilómetros al puerto de Gilleleje, donde asiduamente compraba pescado, en los puestos del muelle.

Fue mi conocimiento de la zona lo que me llevó precisamente a emplazar en el puerto de Gilleleje la escena del crimen de *En el espacio rojo*, pero ahora siento que la elección fue desacertada. Estaba demasiado cerca de mi casa, en adelante ya no me atrevería a comprar allí. En realidad, tampoco podía entender cómo podía haber habido un asesinato en esa pequeña y adormecida ciudad pesquera.

En lugar de ello intenté ignorarlo. Con la ayuda de quehaceres prácticos, intenté desviar mi atención de la no-

ticia sobre el asesinato. No fue fácil. La muerte ocupaba mi mente a diario. No pasaba ni una hora sin que maquinara nuevos métodos de asesinar y formas de lesionar y producir dolor. Objetos caseros y utensilios corrientes se convertían en armas asesinas o instrumentos de tortura, pero todo sucedía en mi fantasía.

Ahora, sin embargo, esto se había llevado a la práctica y había sucedido de verdad.

No conseguí rastrillar las hojas ese día ni escribir las dos mil quinientas palabras que constituían la cuota diaria. Cuando después de una hora ya no podía mantener mi cabeza alejada del asesinato, me tonifiqué con un güisqui, a pesar de que solo eran un poco más de las once de la mañana. Me senté en la terraza, donde el sol otoñal luchaba contra enormes nubes en movimiento, y entonces el viento embistió los árboles altos y les propinó una sacudida. De los abedules se esparció una lluvia de semillas sobre la terraza, y varias de aquellas pequeñas escamas trilobuladas acabaron en la bebida. Flotaron por la superficie como piezas de un puzle en un mar dorado, y permanecí largo rato sentado estudiando cómo paulatinamente se hundían hasta el fondo del vaso como si engulleran líquido.

En inglés, a un asesino que copia un asesinato se le llama un *copycat*, un calificativo que nunca he comprendido del todo y que supongo que nada tiene que ver con los gatos. En danés se diría que el asesino «imita como un mono» a otro; eso, para mí, da más sentido al hecho, pues puedo imaginar a un simio al que, al igual que a un niño, le gusta repetir los movimientos que otro hace. Un con-

cepto que hace referencia a dos animales bien diferentes. Cuanto más razonaba sobre ello, más absurdo me parecía.

Me había bebido mi güisqui y fui a por otro y a por un ejemplar gratuito de *En el espacio rojo*, que había recibido un par de semanas antes, reluciente y recién salido de la imprenta. Sentado en la terraza de nuevo, hallé donde se describía el asesinato. Era hacia la tercera parte de la novela y se prolongaba durante siete páginas. El asesinato constituía el momento de máximo clímax emocional de la novela, lo que, casi siempre, planifico mejor y que constituye la base para desarrollar el resto.

Kit Hansen, tal y como se llama la víctima en la novela, es una belleza de veintiocho años, pelirroja, delgada, con un cuerpo bien modelado y pechos turgentes. Su terror al agua y a ahogarse le viene de un accidente de submarinismo sufrido en Sharm El Sheij, donde ella y su novio, de forma imprudente, se lanzan a hacer submarinismo pocos días después de haber obtenido el certificado. Y quedan atrapados en una red de pesca del fondo, aunque Kit consigue liberarse y, acto seguido, intenta febrilmente liberar a su novio. Pero él está atrapado sin remedio y ella se ve obligada a presenciar cómo se ahoga ante sus propios ojos. Bajo todo el peso de la culpa, vuelve a Dinamarca y explica a la familia del novio lo sucedido, después se viene abajo y ya no puede llevar una vida normal. Pierde su trabajo en la empresa de publicidad, se aísla del mundo y empieza a drogarse con pastillas a un ritmo peligroso. Pasado un

tiempo, su vecino se enamora de ella; es el único que se ocupa de esa chica aislada del mundo. Poco a poco, su amor va tomando forma y es correspondido. Ella deja las pastillas con la ayuda de ese vecino, y es él mismo quien la anima a ir al psicólogo, un tal Venstrom, que es el que acaba asesinándola. La historia termina con que el vecino atrapa a Venstrom, pero no sin antes haber sobrevivido a una horrible tortura a causa de su fobia a las agujas.

Pasé hojas hacia atrás hasta encontrar la descripción de Kit Hansen y especulé acerca del grado de parecido entre ella y la chica asesinada, o más bien al contrario. Si en realidad se trataba de una copia del asesinato, ¿sería la víctima pelirroja? ¿Tendría una herida en la tibia que llegaba hasta el hueso, justo donde la red la había cortado cuando consiguió liberarse en el fondo marino de ese paraíso egipcio para el submarinismo?

El alcohol empezaba a producir efecto. Sentía mi cuerpo más pesado y me costaba retener los pensamientos. Volví a leer la descripción del asesinato. Me parecía más y más irreal y, al final, empecé a dudar de si Verner me había llamado realmente. Quizá todo había sido una serie de ideas alocadas, un evasivo acto inconsciente para eludir el trabajo del día.

Tenía que ir a Gilleleje para obtener pruebas palpables, tenía que determinar si realmente se había producido un asesinato y, dado el caso, intentar averiguar en qué medida las circunstancias que rodeaban el crimen remitían a mi descripción, o si resultaba que a Verner le había cogido una paranoia.

AL TOYOTA NO LE HABÍA DADO EL AIRE desde hacía meses y refunfuñó cuando le di al motor de arranque. Al final cedió y conduje a lo largo de la costa en dirección a Gilleleje: la mayor parte de la carretera estaba flanqueada por chalés de verano y abetos, pero en algunos tramos podías echar ojeadas al mar. Crestas blancas surcaban las olas y la playa quedaba reducida a tres o cuatro metros de cantos rodados, cubiertos aquí y allá de espuma azotada. Con marea alta.

No había mucha gente en el puerto ese día. Noviembre ya estaba lejos de la temporada turística y los restaurantes de pescado y los bares habían recogido las mesas de las terrazas y quedaba espacio para aparcar el Corolla junto al muelle.

El libro no detallaba en qué lugar del puerto se había perpetrado el crimen, así que permanecí sentado en el coche explorando el exterior por la luna delantera del coche. El viento fuerte arremolinaba las afiladas crestas de las olas. Muchos barcos ya habían sido retirados a tierra. Los que quedaban se balanceaban inquietos y producían ese desagradable ruido de gomas que rozan unas con otras, solo ensordecido por los cables de acero que pegaban latigazos a los mástiles de aluminio.

En el lado opuesto de la dársena había unos cinco coches, de los cuales uno se delataba como coche de la policía. Me acometió un súbito mareo y me agarré al volante; cerré los ojos y tomé una bocanada de aire. Permanecí un rato así aspirando de la forma más regular posible. «Serénate», ordenaba a mi cuerpo. Podían existir miles de razones por las que la policía estuviera en el puerto y solo una de ellas tenía que ver conmigo.

Después de un par de minutos me atreví a abrir de nuevo los ojos. Alrededor de los coches había gente, pero eran más los que se habían ido hacia el malecón y miraban hacia el mar del lado opuesto. No había ningún cerco policial, por lo que pude divisar.

Bajé del coche y caminé lo más tranquilo posible por el otro lado de la dársena. Cuando estuve cerca, pude oír las voces y el ruido de la radio de la policía. Un par de hombres con trajes isotérmicos y sentados en la abertura que dejaba la puerta de una furgoneta tomaban café en silencio. Un agente uniformado me siguió con la mirada cuando pasé por delante de ellos. Yo no lo miré, sino que

seguí caminando lo más tranquilamente que pude hacia el malecón. Ahí había entre veinte y treinta personas apolotonadas, adultos y niños; todos atisbaban por encima de la escollera. Algunos, equipados con anteojos y cámaras fotográficas. Me uní al grupo y seguí la dirección de su mirada.

A unos cien metros más allá había dos botes, uno grande, amarillo y rojo, era un bote de salvamento; el otro era una lancha de goma negra. Cuatro boyas con una bandera roja formaban un cuadrado de unos veinte por veinte metros.

— Sacaron a una señora esta mañana — pronunció una voz fina —. No llevaba ropa.

En un banco a mi lado, había un chiquillo de unos diez años, pelirrojo y que llevaba un impermeable amarillo. De su cuello colgaban unos prismáticos casi tan largos como su antebrazo.

— Totalmente blanca — continuó —. Y roja.

— ¿La viste? — le pregunté. Y mi voz vibró levemente. Él afirmó con la cabeza.

— He estado aquí todo el día. — El chiquillo se puso las manos en las caderas y dirigió la mirada hacia los barcos —. Estuvieron aquí por la mañana muchos submarinistas y policías. Primero querían que me fuera, pero les esquivé. Ahora ya pasan de insistir. — Sonrió y sacó pecho.

— ¿Y... la señora?

— Estaba totalmente blanca — repitió —. Una cadena rodeaba su cuerpo, y con una piedra.

—¿Era pelirroja? —le pregunté.

Volvió la mirada hacia mí extrañado.

—¿Cómo lo sabes?

Me encogí de hombros.

—Hace un momento has hablado del color rojo.

Él lo corroboró con un movimiento de cabeza.

—Pelirroja. Pero también estaba roja aquí. —Hizo un movimiento cortante con el canto de la mano sobre su pecho y después en el cuello—. Y aquí, y en las piernas y en los brazos.

No supe qué decir, ni siquiera estaba en condiciones de pronunciar una sola palabra, así que dirigí la mirada hacia los botes. Estuvimos un par de minutos en silencio hasta que carraspeé y señalé los prismáticos.

—Tienes unos prismáticos fantásticos. ¿Puedo probarlos?

El chico cabeceó para decir que sí y alzó los prismáticos por encima de la cabeza.

—Pero me los tienes que devolver si sucede algo.

Me acerqué los prismáticos a los ojos y enfoqué con precisión hacia los botes. En el bote de goma había un hombre sentado, sujetaba con fuerza una cuerda que desde el lateral se sumergía en el agua. El bote se balanceaba con violencia, y él, de vez en cuando, tenía que soltar la cuerda y agarrarse fuerte a la borda para estabilizarse.

Por supuesto no esperaba que hubiesen trazado sobre la superficie del mar el contorno del cadáver, pero sí que hubiera algo, cualquier cosa. En todo caso, me que-

dé un tanto decepcionado. Contaba con hallar signos visibles de que allí había sucedido algo terrible, pero el agua no lo delataba, solo las boyas y los botes indicaban que era una zona especial.

—¿Qué sucede ahora? —preguntó el chiquillo a mi lado.

—Nada —respondí, y le devolví los prismáticos.

Al instante se los llevó a los ojos para asegurarse de que no se había perdido nada.

—¿No crees que habrá otro? —Su voz sonó expectante.

—No —dije, y di media vuelta para volver al puerto.

—¿Eres policía o algo así? —preguntó, pero no respondí y seguí andando.

Cuando pasé por delante de los agentes del muelle, uno de ellos me lanzó una mirada llena de repugnancia.

—¿Viste ya lo que querías? —preguntó uno cuando los hube rebasado.

Le comprendía plenamente. «Fisgonear casos de accidentes» es de mal gusto e inaceptable del todo, pero a mí no era la curiosidad lo que me llevaba hasta allí. En todo caso, no la curiosidad morbosa que mueve a algunos. No era para provocarme una subida de adrenalina viendo imágenes de sangre, huesos, entrañas y masa cerebral. A pesar de formar parte de mis recursos para recrear crímenes y mutilaciones en mis libros, la inspiración no provenía de los accidentes o experiencias directas, sino de mi interior. No necesitaba horror o realismo añadido, en general me

bastaba con cerrar los ojos. Las imágenes que mi cerebro era capaz de producir eran ya suficientes.

Pero sí, pude ver lo que quería en el puerto de Gilleleje.